

tinúa recibiendo el homenaje de muchas gentes a quienes seducen los prestigios de la erudición en sí, desvinculada de toda acción social positiva.

La erudición vana es en el siglo XX, y lo ha sido sobre todo en el XIX, una plaga intelectual comparable a la que en tiempos anteriores dió pábulo a las argucias teológicas y a las sutilezas filosóficas que les sucedieron. Cada siglo tiene su metafísica, su dialéctica vacía. Tal vez es a costa de esta embriaguez, de estos extravíos, como se afirman en la sociedad las corrientes del pensamiento que en cada época dan un sello propio a la civilización. Acaso el ingenuo entusiasmo por la ciencia, por la ciencia del esfuerzo y de la angustia, exageró en la imaginación las virtudes del conocimiento *per se*. Un concepto individualista de la civilización impulsó a la humanidad de entonces a creer que cada hombre debía ser un sabio, y creyendo hacerlo dándole los signos vacíos del conocimiento, extravió comparable al del mahometano que aplica sobre su cuerpo enfermo tirillas de papel donde se han escrito versículos del Corán, en la seguridad de que las palabras sagradas han de operar, por su virtud intrínseca, una acción de milagrosa panacea...

Tras una larga decepción, vamos convenciéndonos de que, en cuanto a la cultura social, la ciencia no vale tanto por su contenido cuanto por su influencia sobre el "continente", que es el entendimiento, es decir, por la actitud en que ha puesto a las inteligencias frente a las verdades del universo; por el espíritu de investigación, de originalidad, de iniciativa, que ha promovido. En este camino el efecto final de la ciencia será el de la contemplación desinteresada del universo, libre de la embriaguez subjetivista que nos lleva a asignar demasiada importancia a los sistemas, a las teorías y hasta a las opiniones. La ciencia nos con-

ducirá así a la tolerancia, y con ello a percibir que lo importante no es tanto la producción individual de ideas como la producción colectiva de sentimiento y de acción, función que supone, empero, la capacidad de vivir en compañía, sin lo cual no puede concebirse una coordinada producción de trabajo moral entre los hombres. Tal arte supone la educación del carácter, o sea el poder de controlar la voluntad individual para ponerla en todo momento conforme con el bien general.

He ahí ensanchada la misión de la cultura, que ya no consiste sólo en el aprendizaje de unas cuantas fórmulas científicas, sino en un proceso de asimilación del individuo o parte social a la colectividad.

Así se explica, pues, que en los Estados Unidos sean tan numerosas las universidades. Pasan de cuatrocientas. Consideradas como simples enseñaderos de la ciencia profesional, serían demasiadas; consideradas como "educadores" de la juventud, nadie cometerá la torpeza de encontrar ese o cualquier número excesivo. Una Universidad es allí una institución que invita al joven a pasar bajo su techo cuatro o cinco años de la vida, plazo en el cual se desarrolla un número suficiente de episodios que sin duda adaptarán poco a poco su espíritu al de la comunidad y lo penetrarán de esa conciencia social que es allí la fuerza de la nacionalidad.

Nosotros, los que hemos vivido en este campamento y que no hallamos palabras para alabar los encantos de la vida común, optimista, alegre, podemos apreciar plenamente la importancia de ese aspecto de la vida universitaria norteamericana. Si diez días de vida común han estrechado nuestros vínculos, abierto nuestra confianza; si han permitido conocernos, y amarnos más, mucho más de lo que permite el efímero contacto de las aulas, ¿cuál no habría sido el efecto de una larga cohabitación de cinco años, durante la